

DOMINGO XV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 30, 10-14): *Escucha la voz del Señor.*

Salmo (68, 14 y 17.30-31.33-34.36ab y 37): *«Humildes, buscad al Señor y revivirá vuestro corazón»*

2ª lectura (Colosenses 1, 15-20): *Todo fue creado por Él y para Él.*

Evangelio (Lucas 10, 25-37): *¿Y quién es mi prójimo?*

El buen samaritano tiene muy buena imagen: es un hombre de corazón, bueno, ejemplar. En tiempos de Jesús no era así. La palabra “samaritano” sonaba como palabra malsonante, fuera de tono, desafinada, como referencia a un ser perteneciente a otra raza o casta inferior, despreciada, no incluida por los judíos en el concepto de la palabra “prójimo”.

Pero este hombre, real o simbólico creado por Jesús como vehículo pedagógico de sus enseñanzas, viene anunciando, de manera irrefutable, en qué consiste el verdadero amor y quién es para quién el verdadero prójimo. Jesús perfecciona la letra de la ley antigua llenándola del espíritu de la nueva ley del amor.

Si Jesús enseña que cualquier hombre necesitado es nuestro prójimo, el Deuteronomio añade que no es necesario ir lejos: Tíbet, Egipto, Atenas o Roma, ni enrolarse en movimientos esotéricos para descubrir el contenido de la Ley y cumplirla. La ley reside en el interior de cada uno y se concibe como un principio inspirador de la actividad exterior: letra y espíritu juntamente.

Según el Deuteronomio la infidelidad del pueblo trae como consecuencia su ruina, mientras que el arrepentimiento consigue la renovación porque procede del corazón donde ha sido aceptada la voluntad de Dios, manifestada en los preceptos de la ley. Esta ciencia no habita más allá de los mares. Bajó del cielo y se encarnó en el corazón de cada hombre, ley interior, que clasifica y dicta la bondad o maldad de las acciones exteriores: es la voz de la conciencia.

La Palabra de Dios nos llama a escuchar la voz del Señor. Pero es una escucha activa, de ahí las dos dimensiones de la acogida: guardar Sus preceptos y convertirse a Dios. **¿Quién puede hacer, en verdad, esto?** Pues todos y cada uno de nosotros, porque Dios Padre nunca nos pide nada imposible: **«Su Mandato está dentro de cada uno y nos llama a cumplirlo»**. Esto es lo que pedimos también en el Padre Nuestro: que se cumpla Su voluntad (la vida del hombre).

Jesús nos llama muchas veces a esta escucha/acogida de la Palabra, que es guía y luz para caminar: **«dichosos los que escuchan la Palabra y la cumplen»**, nos dice. Por algo de Jesús queremos que marque nuestra vida cristiana, es la Cabeza de la Iglesia. Esta es la plenitud de Dios: Jesús, que se abaja, se hace servidor, humilde, hasta dar la vida. Jesús se vacía de sí mismo para llenarnos de vida.

En esto de acoger/vivir la Palabra solemos hacer/poner algunos trucos: que si hay que “interpretar”, que si esto es “para los demás”, que si es un mensaje que hay que actualizar... ¡¡Apaños caseros!! También aquel maestro de la Ley que acudió a Jesús parece que no sabía muy bien qué hacer **«para poner a prueba»** a Jesús; le pregunta qué hacer para heredar la vida eterna. Se le olvidaba, entre otras cosas que las herencias se reciben, no se ganan por hacer esto o lo otro (por lo general). O sea, que la “vida eterna” no se consigue solo con “hacer cosas”, como si hubiera que ir ganando “puntos” en la vida para que luego Dios los “cambie por”. No, la vida eterna, la regala nuestro Buen Padre.

Y otra vez la respuesta de Jesús: **«Solo hay que cumplir la ley de Dios»** en su doble dimensión, en el amor a Dios y al prójimo. Nuestro Dios es el de las personas, y nunca se puede separar a Uno de los otros. Sí, pero **¿quién es mi prójimo?** Jesús no lo puede dejar más claro: prójimo es toda persona, de modo especial el que sufre, el que se siente solo, el que está necesitado.

La parábola no tiene desperdicio: el hombre herido al borde del camino, abandonado a su mala suerte. Y un extranjero (un samaritano) no le da recetas, ni palabras sin vida... No. Se compromete con él, esto es, practica la misericordia.

La misericordia no es solo un sentimiento, ni una idea: es un obrar, un practicar (el diccionario dice que “practicar” es: ejercitar, usar, ejecutar, llevar a cabo...). Y eso hizo aquel samaritano, fijaros bien en los verbos: le dio lastima, se acercó, vendó sus heridas, lo montó en su cabalgadura (vamos, que se bajó él para subir al otro), lo llevó a la posada, lo cuidó, sacó dos denarios, se comprometió a volver, y puso todo lo suyo para ayudar al otro. Esto, y no otra cosa, es practicar la misericordia. Esto es seguir a Jesús. Ojalá le escuchemos cada uno de nosotros y pueda decirnos: **¡anda, haz tú lo mismo!**